Pero hoy hemos redescubierto a México. Al final hemos entendido que sólo el amor es creador y fecundo y hemos tratado a México con pasión y entusiasmo, como la Suave Patria... Sí, una Patria que habíamos perdido por no haber trata-

do con amor. De esta Patria que dice López Velarde: "*habíamos salido por inconsciencia, en viajes periféricos, sin otro sentido, casi, que el del dinero. A la nacionalidad volvemos por amor... y pobreza*".

"GAMBUSINO"

P o r R U B E N S A L A Z A R M A L L E N

Ya en tiempos lejanos, pero no por lejanos menos amables, Salazar Mallén nos regaló las primicias de su literatura. Ahora, RUBEN SALAZAR MALLÉN, polemista, profesor universitario, abogado, abandona las cosas trascendentes y nos enseña este capítulo de "Gambusino", pleno de sugerencias y aciertos.

1. Ricardo recordaba a menudo, sin dedicarles mucho tiempo, los incidentes de su pasado. A su memoria llamaba el contorno de un rancho próximo al pueblo de Tlalpacoyan: una larga calzada de cocoteros que conducía a unos sembradíos de caña, un corral, unos cobertizos y una casaca de techado rojo. Ricardo solía acodarse en un cercado a ver cómo Raúl, mayor que él, arriaba los becerrillos hacia el corral.

Pero eso era muy distante, muy impreciso. Los recuerdos exactos empezaban en una casa grande, silenciosa y clara, con una sala enorme que, en las noches de fiesta, era alumbrada con la luz de dos grandes arañas de cristal tallado, en que los prismas transparentes se estremecían, chocaban unos con otros despidiendo destellos tan vivos que lastimaban la vista. En esa vasta sala en que los muebles eran dorados y había jardineras que rebosaban suntuosas flores artificiales ante espejos de complicados marcos, nació Ricardo a la vida sexual: estaba oculto tras una cortina encarnada, porque había fiesta, una de esas púdicas y ceremoniosas fiestas que gustaban a la gente antes de la Revolución. Un mocito jorobado servía oporto y jerez a los invitados; doña Andrea, la esposa de Onésimo Manzano, hablaba de su tronco de caballos; una señora cantaba un trozo de ópera... De pronto unas manos femeninas levantaron en peso a Ricardo. Fueron las manos de Matilde, una de las señoritas de la casa vecina, una morena de largas trenzas negras, ojos siempre húmedos y carnosos labios color de rosa ligeramente amartados. La joven lo arrancó a la cortina de la sala

y, llevándolo en brazos, lo cubrió de besos largos, acariciadores, gimiendo entre beso y beso: "¡Qué lindo! ¡Ay, qué lindo!"

Ricardo acababa de nacer, sin darse cuenta. Aunque muchas veces nace el hombre en su única vida, nunca se percata de ello, ignora que los sucesos y los días lo paren incesantemente, ignora que los padres engendran la bestezuela; pero sólo la vida da a luz la vida, poco a poco, por pausas. Se nace para una cosa, después para otra, más adelante para una tercera, y así hasta llegar a la plenitud, en que todos los nacimientos se unen antes de dispersarse en un viaje sin retorno.

En la vasta sala de la casa de sus padres, nació Ricardo a la vida sexual. A partir de aquel día, se acercó todas las tardes al balcón de Matilde a gorjear un rato sus tonterías pueriles; ella lo escuchaba sonriendo, le daba dulces y besos a través de las rejas y una vez lo hizo pasar a su casa. Tenía ésta un jardín interior cuyas frondas lamían la azotea de la casa de Ricardo. Era placentero correr y jugar en aquel jardín; pero el pequeño Manzano prefería debatirse entre los brazos de Matilde.

Un día, porque su hermano mayor había ido a unirse a las turbas zapatistas, ella se ausentó dejando abierta una herida en la exigua existencia de Ricardo. Sintióse éste decaído, con un decaimiento de que eran ingredientes la sorpresa, el fastidio y la pena. Algo le faltaba: quién sabe qué.

No pasó mucho sin que se repusiese: una noche, en la cocina, frotando su cuerpecillo con las recias piernas de Josefa, la criada, encontró con-

suelo. Más tarde, en su adolescencia, Ricardo asociaba la imagen de Josefa a sus frenéticos sueños carnales. Ya para entonces sabía del contacto sexual, pues desde escolar la casualidad lo arrojó una ocasión a una calle de amor. La frecuencia de las rameras fue para él un placer siempre fresco, y como su trato iba a las más pobres, las más elementales, las más brutalmente puras en su comercio, la imaginación en avance concebía mundos monstruosos de lujuria. Hubiera querido Ricardo, en sus ensueños, ser amo de un lupanar enorme, una isla olvidada de todo tránsito, por ejemplo, habitada únicamente por rameras y él. Centenares, millares de mujeres; pero nada más profesionales del amor, ninguna mujer casta, honesta, tendría lugar en aquel extraño paraíso, pues Ricardo consideraba que sería un áspero dolor educar en el amor a muchachas ingenuas. Las quería sabias ya, zafias, desnudas siempre y siempre dispuestas a la lascivia en sus formas más directas y más absurdas. En esta inclinación salaz tenía parte el escondido recuerdo de Josefa, aquella garrida doméstica cuya sola presencia era ya una incitación.

Estos pormenores explican muchas rebeldías, muchos sobresaltos y tristezas del joven. Este, en ocasiones, sentía un oscuro desvío, que incluso llegaba a rozar el odio, hacia Raquel, porque Raquel le brindaba un régimen sexual regular, tranquilo, contrario al apetito que en él maduraba a los gritos de la imaginación y de los sentidos.

2. Ricardo nació otra vez cuando la Revolución atronaba con su gloria plebeya los rumbos de México. El silencio de la paz porfirista había sido sustituido por tiroteos, por blasfemias, por canciones de un sabor inesperado e inefable.

Las canciones de la Revolución valían toda la sangre vertida y mucha más. Canciones hurañas, melancólicas y aguerridas, que Ricardo no podía evocar sin conmoverse. La *Adelita* era la que más le impresionaba. La había escuchado por primera vez, y jamás lo olvidó, en una tarde color de perla, una tarde nublada en que entre el asombro medroso de las ventanas cerradas y los visillos levantados furtivamente, pasaban por las calles hombres desarrapados, con cananas repletas sobre el pecho y mustios fusiles en la mano. Algunos, ebrios, adelantaban tambaleándose. De pronto irrumpió en la calle empedrada una carretela, una de esas pobres carretelas desvencijadas que llevaban enhiesta en el pescante una banderita roja, ridícula, graciosa, de latón. El cochero azotaba a los caballos, escuálidos y grotescos como caricaturas de caballos, y lanzaba imprecaciones con voz recia, que salpicaba de burda energía el acento marchi-

to de unos carrancistas que, en el interior del vehículo, entonaban la *Adelita*.

La canción se acercó al paso de las cabalgaduras. Débil, confusa, primero, y después bronca, pero triste: eran la valentía y la dulzura, la vehemencia de la lucha y la sed de lucha, que son vida, junto a la persecución de una mujer, que es muerte. Y era extraño, misteriosamente extraño, que hombres que venían de la guerra, avezados en la hecatombe, cantasen con fanfarronería la voluntad de lucha, como hacen los que la temen y se desquitan con palabras. Pero esto lo comprendió Ricardo mucho más tarde...

Por aquellos días le estaba prohibido asomarse a la calle, porque a veces los revolucionarios se ponían a disparar sus armas sin importarles que alguien resultase herido. Ricardo no se sometía a la clausura, y si una ocasión le salía al paso, corría a la calle o simplemente se sentaba a la puerta, como la tarde en que por vez primera oyó la *Adelita*. Allí lo sorprendió Raúl, adolescente por entonces, que, sin otra autoridad que la de algunos años más en la edad, obligó al pequeño a entrar en casa, entre bofetones y amagos.

Ricardo no osó rebelarse; mas en un oscuro rincón de su sér algo gritaba: un dolor y una rabia hasta antes ignorados, porque nunca, nadie que no fuesen sus padres, le había pegado, murmuraban cosas ininteligibles y persuasivas, cosas persuasivas e ininteligibles, que estallaron en el recuerdo de un soneto olvidado entre las páginas del libro de la escuela. Ricardo buscó, sin conciencia de que su venganza se aproximaba, el libro escolar en que leyera el soneto, y, abriéndolo, púsose a hacer de él una parodia. De ésta era protagonista Raúl, que en ella quedaba maltrecho: allí estaba la venganza.

El niño, alborozado, enseñó su obra a doña Andrea. La buena señora, al advertir que en los versos había ráfagas de ingenio, ponderó mucho las capacidades de su hijo. ¿A qué más podía aspirar Ricardo? El soneto en que Raúl resultaba víctima era alabado, y el placer que esto proporcionó al niño superaba en mucho a cualquier otro. Onésimo también elogió los versos de Ricardo y dijo que, cuando la situación se normalizara y el chico volviera a la escuela, los llevaría al maestro. El éxito del poeta novel fue muy feliz, pues, y lo estimuló a nuevos ensayos.

Los padres, que reían viendo el afán, lo deploraron más tarde, porque Ricardo cobró una afición desmedida a los versos, dedicaba sus ocios infantiles a pergeñar estrofas, vivía persiguiendo asonantes y consonantes. Los esposos Manzano lo censuraban, les parecía temerario, ciego e inútil malgastar el tiempo en hilvanar intentos poéti-

cos, y es que ambos, Onésimo y doña Andrea, habían medrado ajenos a la poesía.

Onésimo era rentista, poseía algunas de esas viejas casas de vecindad grandes como pueblos: tres patios salpicados de puertas y detrás de cada puerta una habitación; hervía en ellas la miseria, niños descalzos y andrajosos, mujeres desgreñadas, hombres abatidos por el trabajo; durante el día, trajín en los lavaderos y faena de tender la ropa lavada en los patios; por la noche, la voz quebradiza de un fonógrafo a la luz de una vela o de un quinqué. Las casas las heredó el señor Manzano de su padre, un hombre tenaz y rudo que había peleado en la Guerra de Reforma y que, ya retirado, se dedicó a la arriería hasta amasar una modesta fortuna. Onésimo, su padre y probablemente el padre de su padre, habían sido personas de seso, equilibradas. ¿De dónde procedía el gusto de Ricardo por los versos, qué sentido, qué valor podía tener el gusto por los versos?

No se podía culpar a doña Andrea. Cierto que de joven leyó las *Rimas*, de Becquer, y algún poema de Espronceda; pero supo olvidar a tiempo, en cuanto empezó a tener hijos.

La afición de Ricardo carecía de razón de ser, era una rebeldía, era Satanás. Y de la lucha, del choque entre la tradición hogareña y la satánica inclinación, surgieron situaciones que habían de concurrir en el destino de Ricardo.

3. Trece años un poco pasados tenía Ricardo cuando sus padres lo inscribieron en la Escuela Nacional Preparatoria, para que iniciara sus estudios de abogacía. Ricardo encontró rodeado de desconocidos; sus compañeros de primaria conquistaban, casi todos, el bachillerato en planteles particulares, y el pequeño Manzano sintióse descuajado del ritmo tibio de las viejas compañías. Esto le produjo una indecible tristeza, una angustia que no podía definir: era la angustia de haber abandonado un mundo conocido, familiar, para meterse en un mundo nuevo. La melancolía de estos cambios es más lancinante en los años tiernos, porque entonces el hombre no es todavía animal de costumbres, sino animal de climas. Como la personalidad es fofa y blanda, no hay costumbres, hay adhesión o sumisión a un clima sentimental y sentirse arrancado a ese clima es un dolor casi orgánico.

Los primeros días Ricardo adoptó una conducta reservada y taciturna, mas poco a poco fuese aclimatando, tendió lazos amistosos, anudó palabras y asió gestos. No intimó, sin embargo, y su mayor placer era estudiar. Fue un magnífico estudiante, sus notas sobresalientes lo demostraron.

Dos años duró el fervor. Al llegar el tercero, en un recodo de la vida estudiantil salió al paso la

vieja afición por los versos. La tenaz voluntad de estudiar retrocedió, avergonzada, a un plano ulterior, y victoriosa, virginal, saltó la de sobresalir entre los aprendices de poetas que perseguían a las musas a través de las salas de clase, tan poco propicias. Le hablaron de bohemia y se inclinó a la bohemia, a esa que es libertad de los cabellos y ojeras. Uniósese a jóvenes desordenados, que creen sobrellevar genio y, por llevarlo, imaginan que ningún límite les está vedado. Insolencia, embriaguez y versos es esa bohemia.

Ricardo se embriagaba a veces. Con la mirada perdida, los cabellos en mechones lacios y grasientos, el cigarrillo en los labios, llegaba a la Escuela. El viejo convento de San Ildefonso respondía a su extravío con la solemne paz de sus corredores y con la austeridad sombría de sus anchas escaleras... Un día, ebrio, abofeteó a un prefecto. No supo cómo: de pronto un hombre, un pobre hombre guardián de la disciplina, se asió a él con el rostro ensangrentado. Expulsaron al insurrecto de la Escuela y hubo llanto de doña Andrea, ira de Onésimo y burla de Raúl, que estudiaba Medicina con feliz ahinco. Rafael, el menor de los Manzano, recibió ejemplo y Mercedes gimió en un rincón. Fue todo. La ocasión que había de desviar la vida de Ricardo, hundió pronto su relieve, sin dignidad, en los acontecimientos cotidianos.

El rebelde, con pretexto de buscar trabajo, dióse a vagabundear por la ciudad: calles, jardines, bibliotecas eran su itinerario. Y así expiró el año. Entonces Onésimo pensó que, pues Ricardo no sería abogado, debería ser otra cosa. Ser hombre, nada más hombre un hijo suyo, era contrario a la ambición de los esposos Manzano. Llevaron a Ricardo a la Escuela Normal: sería profesor, el señor profesor, eso valía más que nada.

La Normal, por aquel tiempo, estaba extramuros, casi en el campo radiante y liso que se extendía a la otra margen del río del Consulado. Ricardo gustaba los paseos a pie hasta la Escuela y se aficionó a ellos, no a los estudios. Ese fue su sino: habría podido escapar del porvenir que en las aulas se gestaba para él; pero se lo impidió el placer de caminar por la calzada sombreada por grandes árboles, con los libros bajo el brazo. Y era también un placer eludir alguna vez las tediosas explicaciones de los profesores para pasear por la orilla de una zanja cercana, en donde había roñosos troncos derribados, cercas de alambre de púas y húmeda yerba.

En casa censuraban a Ricardo su profesión en agraz. Profesor: quizás lo enviarían a un oscuro pueblo, a desasnar indígenas, y se pasaría la vida, tan gloriosa, tan prometedor para otros, rodeado de muchachitos sucios, de pies descalzos y cabezas rapadas. Onésimo se sentía humillado de pensarlo.

En la mente de Ricardo surgió en lenta floración la rebeldía. ¿Por qué el reproche, por qué la burla? Y las cosas siniestras, confusas, se amontonaron en él.

Una noche, sin titubeos y sin voluntad, gobernado por una resolución somnolienta y huraña, abandonó la casa paterna. Ya antes, con sigilo, ha-

bía conseguido una beca. Onésimo y doña Andrea nada hicieron por recuperarlo, dejaron, y el orgullo se les hizo tino, que Ricardo asiera el hilo de su propia existencia. Y él nació otra vez para iniciar una vida autónoma, independiente de la familia, solitaria y azarosa.

M A Ñ A N A S

La editorial UNIVERSIDAD dará a la stampa, próximamente, un nuevo libro de don FRANCISCO GONZALEZ LEON, el poeta de "Campanas de la Tarde", que ha recostado toda su poesía en el corazón de la provincia mexicana. De esa obra cuya publicación nos es grato anunciar, tomamos el siguiente poema:

Mañanas anonadadas
 en que el sol está vedado.
 Las mañanas en que el día
 se ve como aletargado
 por intensas, tosudas nublazones;
 y en que no se oyen canciones
 del vecino colegio en los solares
 porque es mes de vacaciones.

La humedad de la mañana;
 la permeable lejanía;
 fragancias en la distancia;
 tímbrs de melancolía.

Algo que en ruta lejana
 de súbito se ha llegado
 cuando el alma ya ha entornado
 los vidrios de su ventana.
 Algo que se queda quieto
 y algo que inquieto se afana...

.....
 La mañana se ha quedado
 bajo el humo del nublado,
 como bajo una campana
 de cristal esmerilado.